

# Brasilia

Germán Mariño

Brasilia es un inmenso panal de abejas.

Las iglesias, allí; las viviendas allá. Todo tiene un sitio y solo un sitio. Cualquier otra ubicación es incorrecta; desentona.

En la zona hotelera no existe un Banco. En la zona bancaria no existe un hotel. En las zonas comerciales no vive nadie y en las zonas residenciales no hay donde comprar un cepillo de dientes. Todo se encuentra distribuido homogéneamente. Compartimentación y clasificación son sus normas urbanísticas, sus axiomas espaciales.

Por su puesto, la ciudad es un himno a la monotonía.

Los fines de semana, como las oficinas cierran, no es más que un monumento a la soledad; tanto, que da miedo aventurarse por sus enormes avenidas. Y como si lo anterior no dibujara ya un panorama fantasmal, todo es blanco; blanco sábana, como una interminable y ondulante sábana mortuoria.

Neimeyer, el arquitecto que la concibió en medio de la selva, es un genio. Sus fachadas estilizadas como cuerpos de mujer; su geometría extra galáctica, sus arcos minimalistas. Un estilo, un hito, una corriente. Una maqueta alucinante hecha realidad.

Únicamente se le olvidó que para que una ciudad sea una ciudad, debe estar habitada; las ciudades son para vivirlas. Para admirarlas no basta con mirarlas.

Por eso me encanta el desorden de nuestras poblaciones, que se han ido construyendo pedazo a pedazo, año tras año, por décadas. En todas las cuadras hay una tienda donde tomarse un café. Las casas se cuelan por entre el caos de las calles como si fueran enredaderas y en cualquier parte puede existir una escuela al lado de una droguería.

Todos los días en todas partes se ven personas. Vive gente. Son lugares con vida. Están habitados.

Brasilia será una hermosa y gigantesca escultura pero su segmentación la hace invivible, humanamente inviable.

Brasilia es una ciudad sin alma.